



Archivo *f*
..... de la frontera



Viaggi di Pietro della Valle

Il Pellegrino

(1586 – 1652)

I.11.06 – Egipto. Della Valle y su encuentro con las momias.

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano. (1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 22-03-2024
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**11ª CARTA desde
EL CAIRO
25 de enero de 1616**

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu



Centro Europeo
para la Difusión
de las Ciencias Sociales

Del VIAJE DE PIETRO DELLA VALLE “IL PELLEGRINO”

Primera parte

E G I P T O



CARTA UNDÉCIMA

desde Egipto, a 25 de enero de 1616

I.11.06 – Della Valle y su encuentro con las momias.



Examen de momias en Dashur, de Petri della Valle.

Reiss-Beschreibung, 1674;

primera edición alemana de su obra.

**11ª CARTA desde El Cairo
entrega I.11.06
Della Valle y su encuentro
con las momias.**

En la entrega anterior (I.11.05) Pietro della Valle visita las pirámides, y se introduce en el interior de algunas, describiendo en detalle su aspecto, señalando lo admirable de su arquitectura y especulando acerca del modo en que los antiguos egipcios habrían transportado los grandes bloques de piedra para su construcción.

“... La noche nos sorprendió apenas salimos de esta pirámide, con lo que nos resultó imposible ir a ver las momias. Dejé esto para el día siguiente, y así sosegar la pasión que me invadía de pasar allí cierto tiempo, ordenando alguna excavación, con la idea de que quizá podría encontrar algo interesante.

Nos retiramos a una aldea llamada Saqqarah, la más próxima a [al lugar en donde se encuentran] las momias, en donde viven todos los que están acostumbrados a ir a buscarlas para sacar algo con lo que subsistir ellos y su familia, al no poder ocuparse en ninguna otra cosa de utilidad, a causa de lo estéril de estas tierras.

*En el poblado
de los
buscadores de
momias.*

I.11.06.- Pasamos la noche en una casa de esta aldea, aunque por la tarde algunos habitantes nos decían que nos retiráramos de allí; pero no lo hicimos gracias a mi buen ojo al elegir la casa en la que pernoctar, pues sobre su puerta había una inscripción con jeroglíficos, que me convenció de que, si su dueño había sabido adornarla de esta suerte, era seguro que tendría más conocimientos que los demás. Dormimos allí, y dado que yo me había informado previamente de cómo proceder para el asunto de las momias, esa misma tarde hice que pregonaran por todo el pueblo, que los que tuvieran alguna para vender, yo se la compraría, y que el que fuera buen excavador y diestro en desenterrar momias, no dejara de presentarse por la mañana a la casa en la que me alojaba con las herramientas necesarias para este trabajo; un trabajo, del que yo quería ser únicamente espectador, y que en el mismo lugar en que se realizara la excavación yo les recompensaría como es debido.

La esperanza de ganar algo de dinero ocasionó tal impresión en esta gente, que, al día siguiente, apenas si me acababa de levantar, cuando me vi rodeado por más de cincuenta aldeanos aportando, unos, pequeños ídolos, otros, prometiéndome conducirme a lugares que ellos conocían, y que podrían satisfacer mi curiosidad. En fin, que me insistieron tanto, que me puse de acuerdo con todos ellos para ir juntos a los lugares que me habían indicado. Llevaba yo conmigo treinta hombres, sin los excavadores, porque ya venían conmigo los de mi casa, así como algunos soldados que contraté para que nos escoltaran, visto que, efectivamente, no cabe esperar seguridad alguna entre estos infieles. También se unieron a mí muchos de mis amigos de El Cairo, precisamente para hacer este pequeño viaje. Así que de ese modo nos pusimos en marcha, armados como San Jorge. Cuando llegamos adonde las momias,

reconocí un poco el terreno, y lo único que contemplé fue un desierto de arena cuyo horizonte se perdía de vista, al igual que otros que ya habíamos recorrido anteriormente, y en el que en otro tiempo se habían excavado pozos muy profundos, en cuyo fondo se aprecian estructuras bien construidas y abovedadas; más o menos como las de nuestras cisternas, y en donde han tallado tumbas y pequeñas sepulturas en las que se enterraban los cuerpos de la forma en que os explicaré más adelante, tras lo cual se rellenaba el pozo con la misma arena que cubría la llanura, de tal manera, que después de taparlo era imposible localizar su situación. En cada uno de estos pozos se enterraban varios cuerpos que debían pertenecer a una misma familia, igual que hacemos nosotros, que tenemos un sepulcro para toda la nuestra. Estoy seguro de esto por lo que informaba Belonio, y por los pozos descubiertos, ya vaciados, que he visto sobre la marcha; pozos de donde los habitantes de estas tierras, a lo largo de los siglos, han ido extrayendo constantemente las momias.

No quise descender a ninguno de esos pozos vacíos, como hace mucha otra gente, y como es evidente que también hizo Belonio llevado por su curiosidad, porque mi principal objetivo era ver cómo habían sido sepultados los cuerpos, para poder después hablar sobre ello, sin atenerme tan solo a lo que dice haber oído la gente de por aquí. No obstante, como iba acompañado de muchísimos excavadores, abandoné todos los pozos que ya habían sido expoliados, y a estos trabajadores les puse a buscar algún pozo que no hubiera sido saqueado; pero como en realidad estos campesinos no tenían ni idea de dónde quedaban pozos así, yo dejé nuestra búsqueda al azar. Entonces me fijé en los lugares en donde la tierra no parecía haber sido removida, y dejando a un lado los sitios en los que esta gente lo había hecho sin resultado alguno. En esos puntos menos tocados puse a cavar a mis trabajadores, y para darles ánimos, hice que colocaran mi pabellón en medio del campo de batalla, con la resolución de no desmontarlo hasta que no hubieran encontrado alguna cosa.

El Sr. Della Valle hace montar su pabellón en medio de la planicie.

Como yo no podía estar en todas partes, para impedir que mis obreros me engañaran, puse a parte de mi gente a vigilar cada una de las fosas que excavaban, y que me avisaran en cuanto descubrieran una sepultura o cualquier otra cosa que mereciera la pena. Mientras andaban paleando con un entusiasmo increíble, uno de esos habitantes, que la noche anterior juraba tener algo que venderme, se acercó a mi trujimán¹ y le dijo al oído que tenía una momia completa y muy hermosa, y que no estaba muy lejos de allí, y que si deseaba comprarla, él me la mostraría; pero sobre todo que no quería que sus compatriotas lo supieran, por miedo a que quisieran repartir con él los beneficios, según su costumbre, de la recompensa que se esperaba, y que si yo la quería ver, tendría que ir sin todos ellos adonde él me conduciría.

Le avisan de que han descubierto una momia.

¹ Intérprete.

Me satisfizo tanto lo que me acababa de informar mi trujimán, que una vez di órdenes a todos los que allí estaban trabajando, y llevándome a Tomaso, al intérprete y al pintor, seguí a pie a ese campesino, que iba acompañado de dos o tres parientes suyos. Nos hizo caminar cerca de una milla, o quizá más de dos, y debo decirle que esta caminata se me hizo muy larga, aunque todo el tiempo me iba diciendo a mí mismo: “ánimo, que para eso estamos aquí”.

Por fin llegamos a ese lugar tan deseado, en donde cerca de un pozo, descubierto y excavado hacía tres o cuatro días, el campesino había escondido bajo la arena una momia extraída de allí; es decir el cuerpo entero de un hombre muerto, que me pareció extremadamente bello, bien conservado, y amortajado de la manera más curiosa que uno pueda imaginar. Este cadáver parecía estar desnudo, rígido, envuelto cuidadosamente con infinidad de vendas de tela fina, y embalsamado con ese betún que, una vez untado en la carne, nosotros llamamos *Mumía*, y que se utiliza en medicina. Estas vendas y todo su entramado me recordaron al Lázaro resucitado que se nos ha representado tantas veces de esta forma.

Curiosa descripción de la momia que le vendieron.

Alrededor de todo el cuerpo esta momia llevaba un lienzo de la misma tela, muy bien pintado y dorado; estrechamente cosido y encerado, creo yo, y con marcas por todas partes de un sello, que indicaba la condición de la persona. Además de este paño exterior que envolvía el cuerpo, sobre la tapa del sarcófago, habían pintado la efigie de un hombre joven, sin duda el retrato del muerto, pero revestido con sus mejores galas, y adornado de pies a cabeza con multitud de bagatelas pintadas y doradas, profusión de jeroglíficos, otros caracteres y fantasías, que en mi opinión era la cosa más hermosa del mundo. Creo yo que de todos estos detalles los hombres sabios podrán sacar mil y un bellos testimonios de la antigüedad de esa época.

Esmero que ponían los antiguos en embalsamar a sus muertos.

La ropa de este hombre joven parecía una túnica larga que iba desde el cuello hasta los pies, de tela muy fina, con la que, según Heródoto, los egipcios de su tiempo solían vestirse. Pero además de esta túnica que cubría al muerto, se veían gran cantidad de amuletos de oro, adornados con numerosas piedras preciosas, y escrituras desconocidas. Un adorno de oro, enriquecido con hermosa pedrería le cubría la cabeza, y bajo él se veían sus cabellos negros y rizados que sobresalían; también su barba, aunque poco poblada, era negra y rizada, de lo que pude deducir, del color de su rostro y de sus manos que eran muy morenas, casi del color de la tierra, y muy próximo al de los etíopes más claros, que era originario de esa parte más meridional del Alto Egipto, más que del Delta, en donde los hombres no son tan morenos.

Adornos que llevaba esta momia.

Desde luego es evidente que este hombre era de notable condición, tanto por los adornos de oro y piedras preciosas que he mencionado, como por los sellos que se

apreciaban a todo lo largo de la tela en la que estaba envuelto el cuerpo, y sobre los que apenas si se podía reconocer al animal que figuraba en ellos.

Curiosas
circunstancias

Otra cosa que atestiguaba que este hombre era de alcurnia es que llevaba al cuello una cadena de oro, a la manera de nuestros Caballeros del Toisón, en medio de la que se apreciaba, justamente sobre el pecho, colgando una medalla de oro en la que figuraba un pájaro con cantidad de caracteres desconocidos para nosotros. Diodoro Sículo dice que los encargados de los juicios en el antiguo Egipto llevaban este tipo de cadenas de oro con el símbolo de la verdad; de lo que se puede deducir que éste habría ejercido ese cargo, y puede ser que la representación de este pájaro que llevaba sobre el pecho signifique “la verdad”, o alguna otra cosa parecida. En la mano derecha llevaba un cuenco de oro lleno de un licor rojo, no sé si sería vino o sangre, aunque más bien creo que fuera vino, y conforme a lo que nos cuenta Heródoto, estoy seguro de que se trataba de una ofrenda o sacrificio; en la mano izquierda, en dos de sus dedos, a saber, el índice y el corazón, llevaba un anillo de oro, que no pasaba más allá de las uñas; este anillo llevaba algo en forma de óvalo de color muy oscuro, y que si no me equivoco tiene mucho que ver con uno de esos frutos que en buen Toscano se llaman *petronciani*, conocido por los Lombardos como *melanzanes*; en Roma, *marignani*, y vulgarmente en Nápoles como *molegnane*, lo que me parece misterioso. Los pies y las manos desnudos, con tan solo unas sandalias negras que únicamente cubrían las plantas de los pies, en donde con un lazo negro que sale de abajo, se mete entre el dedo gordo y el siguiente, ligando los dos cuartos que vienen de por detrás del talón, y que hacen muy buen efecto sobre el pie. Pero lo más curioso era un echarpe que llevaba anudado a la cintura

Rareza
hebraica.

y sobre el que se habían escrito letras negras y caracteres egipcios, en el que aparecía esta palabra, **EV † VXI**, es decir, *Eutique*, o *Eutiquio*, que en lengua griega significa *buenaventura*, de lo que deduzco que ese era su nombre, y que es posible que por corrupción de la misma lengua del país hayan escrito una I al final, en lugar de H, S, según el dialecto griego, al igual que puede decirse de la †, que para ellos hoy en día significa Dios, aunque usan sobre todo la letra **T**, sin duda la famosa *Tau* de los antiguos hebreos y de otras naciones en forma de cruz que, según Orígenes y San Jerónimo, es la marca de los Predestinados en el Éxodo y el Apocalipsis, y que los judíos más modernos, según Ezequiel, y como lo señala muy bien el doctísimo Genebrardo, han corrompido maliciosamente y cambiado por odio a la cruz, en otra representación tal y como la que usan en la actualidad y que puede verse entre sus caracteres. También podría ser que esa palabra, **EV † VXI** fuera la segunda o tercera persona de un verbo en imperativo, suponiendo que, por alguna razón de la lengua egipcia, diferente de la griega, la terminación de la última sílaba significara algo así como “que él sea dichoso”. Palabras que tal vez acostumbraban dedicar a los muertos en sus últimas ceremonias, y que son bastante acordes a las nuestras, cuando decimos “que reposen en paz”: tal y como Virgilio introduce a Eneas cuando mientras

entrega el cuerpo de Palante a su padre, el rey Evandro, llorando sobre Palante¹ muerto dijo²: ***Mi querido Palla, adiós; por última vez.***

El Sr. Della Valle compra esta momia

Sea como sea me proporcionó gran satisfacción ver esta momia, y al mismo tiempo que acordaba el precio con el vendedor por tres piastras, que le di de inmediato, tomando conciencia de tener en mis manos algo tan valioso y a tan bajo coste, le rogué sobre todo que si tenía más [momias] me hiciera el favor de enseñármelas. Me respondió que en ese mismo pozo había otra, no menos bella que la primera, pero yo le juré que él debía obligarme a dejarla allí, pero que, para satisfacer mi curiosidad, yo tendría que bajar [al fondo del pozo]. Mi discurso no le hizo ningún efecto, y era tal su avidez por conseguir más dinero por esta segunda momia, que no quiso saber nada de mis remilgos. Así que hizo bajar a unos

Otra momia de una hermosa joven.

de sus compañeros al fondo del pozo por medio de una cuerda, y la saco afuera en mi presencia. Poseía una belleza perfecta, tanto o más que la otra, y ostentaba el retrato de una joven, que debía tratarse sin duda de la mujer o la hermana del que acabábamos de desenterrar, porque los habitantes de allí me dijeron, y yo mismo fui testigo ocular, que esos dos cuerpos descansaban en un mismo sepulcro, el uno junto al otro. La pintura que representaba su atuendo era mucho más rica en las aplicaciones de oro y pedrería que la del hombre. Sobre las

Sus adornos.

joyas de oro representadas, hay multitud de signos y caracteres, se ven algunos pájaros y ciertos animales grabados, y que son parecidos a leones, y sobre una pieza que está más abajo, hacia la mitad, se aprecia un buey o una vaca, que debe ser el símbolo de Apis o de Isis, y sobre otra que pende sobre el pecho, con una preciosa cadena, de las que hay muchas, se ve la representación de un sol. El pintor también la representó con pendientes de piedras preciosas, ajorcas en los brazos y en las piernas; numerosos anillos en las manos; uno en cada dedo de la mano izquierda, excepto en el pulgar, y en el índice llevaba un segundo anillo en la articulación más cercana a la uña; en la mano derecha sólo dos, en el dedo anular, y un un vasito de oro muy pequeño, casi con la forma de un cuenco como los que usamos en Roma para lavarnos las manos cuando vamos a sentarnos a comer; parece como si lo portara descuidadamente con solo dos dedos. En la mano izquierda sujeta una especie de paquete de unas cosas largas y redondas, que no logré identificar.

¹ Palante o Pallas es, en la mitología romana, el hijo del rey Evandro. En la *Eneida* de Virgilio, Evandro le permite pelear contra los rútuos junto a Eneas, quien lo acepta y trata como a su propio hijo, Ascanio. (Virgilio, *Eneida*, VIII.514ff.)

En la batalla, Palante demuestra su habilidad como guerrero matando una gran cantidad de enemigos, y es comparado con el rutuliano Lauso, hijo de Mecencio. Más tarde, sin embargo, muere ante Turno, quien toma el cinturón de su espada como trofeo. Durante el resto del libro X, Eneas está lleno de rabia por la muerte de Palante y acomete entre las líneas enemigas, abriéndose paso hacia Turno. A continuación, Juno aparta al rey para salvarle la vida; Eneas mata a Lauso y lo lamenta de inmediato. Luego se da un combate en el que Eneas vence y mata a Mecencio. Evandro recibe luego el cuerpo de Palante y se entristece. Al final del poema, Eneas está a punto de matar a Turno; cuando le suplica, el hijo de Anquises vacila, pero al ver el tahalí de Palante en las ropas de su enemigo, da rienda suelta a su furia y le quita la vida. (Virgilio, *Eneida*).

² En la edición italiana: "Salve aeternum mihi maxime Palla, Aeternumque vale."

Para mostraros de qué manera fueron enterradas las momias en la arena, no he querido todavía limpiar el cuerpo de esta joven; sino que expresamente he dejado arena en muchas de sus partes, que incluso ha borrado un poco la pintura.

Esta joven no es tan morena como el hombre, aunque también tiene el pelo negro y bastante rizado, esparcido alrededor del rostro; tiene los ojos y las cejas negras y bastante gruesas, juntas, como todavía se puede apreciar en las mujeres de estas tierras. La han representado con los ojos bien abiertos, expresivos, con los párpados algo oscurecidos, que atribuyo al uso del antimonio todavía muy usado por las mujeres de Oriente, tal y como las Sagradas Escrituras describen a la antigua Jezabel. Por lo demás, puedo decir que la pintura, tanto la del hombre como la de la mujer, no es obra de un excelente pintor; es más o menos como las de otros tiempos que podemos ver en Roma, representando de una forma esquemática y descuidada a los santos.

El Sr. Della Valle descende por curiosidad a un pozo en el que había momias.

Antes de que este pagano me pidiera alguna recompensa, yo le puse por anticipado una cantidad de piastras igual a la que le había dado antes; pero diciéndole que yo estaba empeñado en bajar al fondo del pozo, y que tendría que ayudarme; pero como era muy profundo, al menos cincuenta o sesenta palmos, y que no sabía cuán ancho era, yo, que no soy un gigante, no sabía si podría apoyar los pies y las manos contra las piedras, aparte de que tampoco me fiaba mucho del hombre que estaba abajo, y para mayor seguridad de mi persona, hice descender a otro que me ayudara por debajo, pero hasta que Tomaso no estuvo abajo del todo con algunas armas por precaución contra algún incidente, y me hicieran un cinto con una cuerda bastante larga, yo no me dejé bajar por los que quedaban arriba. De ese modo me hice descolgar hasta el fondo, con bastante gallardía; aunque encontré la bajada mucho más fácil de lo que yo creía, de modo que solo con el recurso de esta cuerda pude deslizarme fácilmente en muy poco tiempo.

Había muchas momias.

Cuando estuve bajo esas bóvedas, me encontré sepulcros repletos de muertos, de lo que pude deducir que el campesino nos había dicho la verdad, y que no hacía mucho que ese pozo había sido descubierto. Los cuerpos habían sido depositados sin orden alguno sobre la arena que, como ya os he señalado, es la que los mantiene y preserva de la corrupción. Todos iban amortajados con telas parecidas y similares ungüentos; aunque con una notable diferencia en los adornos de oro y las pinturas, salvo uno de ellos, con respecto a los dos difuntos cuyo reposo ya habíamos perturbado. Ese cuerpo no se hallaba tan bien conservado debido a la imprudencia de estos campesinos, que lo habían deteriorado al registrarle. Todos los demás, cuyo número era considerable, estaban envueltos únicamente con unas sencillas vendas y embalsamados con betún¹ común, y sin los adornos y joyas que os comenté; de lo

¹ El término "betún", que usa Della Valle para referirse a la sustancia con que desecaban los cuerpos en el Antiguo Egipto, es el "natrón", o carbonato de sodio. Esta palabra proviene del término NTR del Antiguo Egipto, que significa "divino" o

que deduzco que esos que habían sido embalsamados con tanto esmero, habían sido personas de rango y jefes de familia, y que el resto no eran más que siervos, sin importancia, tal y como explican Heródoto y Diodoro Sículo, acerca de que los egipcios invertían más o menos dinero en embalsamar los cuerpos, según la clase social a la que pertenecían los difuntos, algo que yo mismo he podido apreciar aquí. Este cadáver del que os hablo, el que tenía todos esos adornos y pintura dorada, lo encontró uno de los aldeanos en un sarcófago de madera, sobre el que se había grabado el retrato de una mujer, reconocible por su peinado y el pañuelo amplio e igual en torno a toda la cara, que terminaba reposando a ambos lados del pecho, igual que el que se puede ver en la esfinge, símbolo de la fertilidad de Egipto, por las inundaciones del Nilo, que llegan justo cuando el sol se halla en la casilla astrológica del León y de la Virgen, en cuyo momento, según Gilles Solin, los sacerdotes egipcios creían que el mundo había sido creado, y por eso la esfinge ostentaba la forma de un león, de la cintura para abajo, y el resto el de una virgen, muy diferente al de otra mujer, que encontré enterrada cerca de un hombre que sin duda se trataba de su marido.

Diversidad
de las
momias.

La esfinge es
un jeroglífico
de los
egipcios.

En efecto, recuerdo que Heródoto, autor muy antiguo, mencionaba que los egipcios conservaban los cuerpos de sus difuntos en estatuas de madera¹, en lugar de cajas, que representaban la efigie del muerto. Pero la caja o estatua de madera de esta última momia de la joven difunta había sido abierta en la misma sepultura, y al examinarla más de cerca vi que dentro estaban grabados gran cantidad de jeroglíficos, y aunque a pesar de su pequeño tamaño aún se la podía transportar, yo no quise llevármela toda entera, visto, tal y como os dije, que los aldeanos la habían estropeado al registrarla; así que hice que la rompieran en pedazos en mi presencia, no solo para ver la mezcla de los huesos con el betún, sino también para obtener esa materia de la que se sirven en medicina, y que, como vos sabéis es tan estimada; en especial, tal y como aquí sostienen, la mejor es la que proviene de jovencitas y vírgenes. También para ver si dentro, o entre las vendas, podía hallar pequeños ídolos² o cosas parecidas, porque me dijeron en El Cairo que esos idolillos que se encuentran en cantidad y de formas muy diversas, se hallan entre el vendaje de estas momias, pues

"puro", dando lugar a la palabra compuesta "sal divina". El principal lugar de extracción de esta sal era la zona de Uadi Natrun, en Egipto. La palabra fue empleada en las lenguas semíticas: en acadio *nit (i) ru*, en arameo *nithra*, en hebreo *neter* נתר (para el carbonato de potasio). Posiblemente, a través de fenicio pasó al idioma griego como *nitro*, y al latín como *nitrum*. En árabe es *natrón*, palabra que se transmitió al idioma español. El término griego *nitro* y el latino *nitrum* se utilizaron para el salitre y la sosa, que no fueron reconocidos como sustancias diferentes.

¹ Las estatuas de madera que menciona aquí Della Valle son sarcófagos antropomorfos.

² Se refiere a los "ushebti", término egipcio que significa «los que responden»; son pequeñas estatuas que, en el Antiguo Egipto, se depositaban en la tumba del difunto. La mayoría estaban hechas de fayenza, madera o piedra aunque las más valiosas estaban talladas en lapislázuli. Su cometido en la religión y mitología egipcia era servir al difunto en el Aaru (el paraíso de la mitología egipcia), ya que los egipcios pensaban que los *espíritus* de estas estatuillas trabajarían para ellos en la otra vida. (Castel, Elisa: *Gran Diccionario de Mitología Egipcia*, Ed. Aldebarán. Madrid).

cuando embalsamaban el cuerpo, para seguridad del difunto, los introducían en el pecho, como dioses tutelares, y dado que ésta era la que estaba adornada con más riqueza, podría haber sido la hija de los dos cuerpos que extrajimos primero. Tenía toda la apariencia de que podríamos encontrar aquí algo de interés más que en las otras momias. Así que la despedazamos, pero no encontré absolutamente nada de nada; sobre todo, al ver el estado en que se encontraba, me pareció imposible que en este cuerpo se hubieran podido introducir esos pequeños ídolos, sobre todo del tamaño de los que yo había visto en El Cairo, y que eran de jaspe; además de lo que yo había remarcado en Heródoto respecto a que no siempre evisceraban los cuerpos, sino que a veces, los limpiaban por dentro y disolvían sus entrañas con cierto líquido de cedro que les introducían; además, sacaban el cerebro por la nariz con un instrumental fabricado a tal propósito, y así, sin abrir el cuerpo, lo embalsamaban de ese modo.

Superstición de los antiguos egipcios con respecto a sus muertos.

Sin embargo, por lo que respecta a las particularidades de esos pequeños ídolos que se podían encontrar dentro de las momias, o entre los vendajes que envolvían sus cuerpos, me referiré a los que los vieron antes; ya que debo confesaros que al deshacer el cuerpo de esa joven, solo encontré una enorme cantidad de vendas impregnadas en betún, que daban solidez a todo el envoltorio, ya que los huesos y la

Virtudes del betún que utilizaban para embalsamar.

carne habían quedado tan resecos, consumidos y reducidos, que más bien parecían briznas de paja o algo parecido, que lo que en realidad eran; tan grande es la fuerza y virtudes de ese betún. Incluso dentro del cuerpo, tanto si habían dejado sus entrañas allí dentro, o disueltas con el aceite de cedro, o bien habían sido extraídas, al estar enteramente relleno de betún, todo se había convertido en una masa de pasta, de forma que, al romper un trozo, fue imposible discernir lo que era betún y lo que eran huesos. Aunque algo digno de mención es que esa materia se había convertido en algo tan duro y tan sólido, que para romperlo tuvimos que hacerlo a martillazos. De todo ello saqué la conclusión de que los egipcios se mantuvieron en esa ceguera, persuadidos de que con este método podían conservar los cuerpos y las almas para la eternidad.

De esta momia que descuarticé he conservado toda la cabeza, con un pedazo de betún y un puñado de sus vendas: el resto, dado que yo podía obtener por dinero tanto como quisiera, se lo dejé a esos pobres campesinos acostumbrados a despedazar todo y a venderlo en El Cairo a los comerciantes que son los que obtienen más ganancias. En esa misma tumba también encontré el busto de una dama, peinada como una jovencita; el busto estaba confeccionado con tela endurecida y engomada, muy gruesa y de mucho espesor, hueca por dentro, y dorada por fuera, al menos la cara y el cuello, con las cejas de ébano, o de alguna otra madera negra que había sido incrustada, y todo el resto adornado de pinturas, sobre todo sobre el pecho y los hombros, con una gran cantidad de pequeñas imágenes de los ídolos egipcios, caracteres y jeroglíficos misteriosos. Ese busto en forma de máscara había servido de féretro a la cabeza y

La gente de El Cairo vende muy caras las momias.

pecho de un cuerpo que los aldeanos habían despiezado con anterioridad. Ya no tenía ojos, y era evidente que los habían arrancado hacía poco, lo que me llevó a pensar que posiblemente fueran de piedras preciosas, o de algún otro valioso metal, y que esa gente, después de arrancarlos, abandonaron el resto como un despojo inútil. Hay un agujero en medio de la cabeza, sobre la frente, sobre la que se aprecia una diadema de oro grabada con caracteres jeroglíficos, y en la que se observa perfectamente que le arrancaron algo, bien joyas, o bien oro, u otro precioso material, que como yo creo representaba la cabeza de un halcón, uno de los símbolos más estimados por los egipcios; porque las alas de este pájaro y el resto del cuerpo con las patas y la cola se veían pintados al natural sobre el velo que cubría la cabeza de esta joven, sin que se vieran los cabellos; solo se apreciaban las orejas doradas. Y por la parte de atrás de ese mismo velo se veía la imagen de una mujer engalanada con numerosos adornos negros, en cuyas manos sostenía algo con una forma muy rara. Sobre la cabeza llevaba una placa redonda, adornada de otra cosa similar, que no tengo ni idea de lo que podía ser, aunque imagino que, por las misteriosas figuras y jeroglíficos, para esta dama podría representar alguna diosa Libitine u otra divinidad parecida de las que presidían los funerales, y protegían a los muertos.

Caracteres jeroglíficos sobre una momia que el Sr. Della Valle halló en el mismo lugar.

Idolillo de tierra cocida representando la cabeza de un buey.

Cogí también un idolillo de tierra cocida, que encontré allí, tirado en la arena, representando la cabeza del buey Apis. Después, tras haber satisfecho los honorarios a mis obreros, por encima de lo convenido, abandoné aquellos lugares sombríos y subí a la superficie, desde donde envié a uno de los nuestros al sitio que habíamos dejado, para que nos trajera las monturas y cargar todas las cosas que habíamos encontrado, ya que este sitio estaba muy alejado de la otra excavación como para llevárnoslas a pie. Una vez llegados allí donde había dejado a otros obreros excavando inútilmente en varias zonas, pagué y despedí al resto de los trabajadores, e hice desmontar mi tienda para regresar; no antes de acomodar perfectamente mis momias en envolturas de palma, para trasladarlas bien protegidas en los carros. Aún allí también me trajeron la momia de un niño con todos sus vendajes de sencillas bandas blancas sin ornamento ni pintura algunos, aunque de todos modos la cogí y la puse con las otras...”



Próxima entrega: I.11.07 – Regreso a El Cairo. La lengua de los coptos.

